



El sentido del sinsentido de la filosofía en la actualidad

José Luis Lagos Pizarro

Universidad de La Serena, Chile

Introducción

Los tiempos actuales distan de aquellos en que la filosofía se construía sobre la base de encuentros dialógicos. Hablamos de cuando el argumento no se resumía en una cita textual aislada, por el contrario, esta era un mero apoyo para una idea propia y no buscando imponer con esta su *verdad*.¹

No se busca criticar a quien utilice como parte de sus argumentos citas textuales, es más, de ser así entraríamos en una contradicción, ya que en el transcurso de este escrito se utilizarán dichos recursos. La diferencia, sin embargo, radica en que dicha construcción no debe basarse mayoritariamente de estas últimas, en menoscabo de la argumentación propia.

Es justamente a esto a lo que se ha reducido la filosofía en los campos fuera de “la academia”, lo cual tiene un profundo impacto a nivel social, incidiendo directamente en la valorización de la disciplina misma.

La filosofía en el plano actual

¿Cuál es el estado de la filosofía hoy en día?

Nos desarrollamos en una sociedad de tiempo, es decir, una sociedad que valora la realización del mayor número de cosas en el menor tiempo posible. El mercado busca poder encerrar en un solo aparato la mayor cantidad de funciones. Esto, que puede parecer una forma de ahorrar espacio, es una forma directa de ahorrar tiempo en el uso del mismo espacio. El tiempo ahorrado, sin embargo, tiene como finalidad el producir más, no el poder ir a caminar por la costa y apreciar el paisaje. Hablamos de la conectividad 24/7.

¿Cuál sería la relación de lo anterior y la filosofía?

A simple vista podría verse como una relación antojadiza, pero no lo es. Resumamos esto en una sola palabra: productividad.

Como disciplina, encontramos la filosofía en la universidad. Alumnos que ingresan a cursar esta carrera y profesores pensando que tendrán en su aula pupilos que están interesados en ella. Sin embargo, la filosofía como asignatura aparece antes, en la educación escolar, donde se le reduce de forma abismal, llegando incluso a ser un espacio vacío.

Cuando hablamos de filosofía, nos referimos a ese “amor a la sabiduría. Ese deseo de conocimiento. [El cual nos lleva] a plantearnos preguntas radicales [deseando] saber todo, como son ciertas cosas y por qué son así.” (González, 2004: 194) Esto, que se

¹ Ad verecundiam

especula, debería ser en mayor porcentaje dividido en los estudios de pre – grado. Una elección propia acompañada de ese afán de conocer.

Pero, para poder llegar a esto, debemos primero que todo fijar nuestro propósito en nosotros mismos.

En primera instancia, con una contextualización básica, vemos que las funciones de los establecimientos educacionales van de la mano de las necesidades del sistema. De este modo se pasa a un paradigma de *enseñar lo que se debe enseñar para que el modelo siga funcionando*.

Encontramos, en este contexto, a la filosofía como un *ente* no rentable ni funcional para el mecanismo de engranajes al que nos vemos expuestos.

Nos topamos con la disminución de las horas de filosofía en los colegios² para dar mayor cobertura a aquellas consideradas fundamentales en el futuro del alumno. Pero, de forma encubierta para el futuro productivo del Estado.

No es solo filosofía quien sufre estos estragos pero, como es la disciplina que nos reúne, nos centraremos en ella. Una forma posible de justificar esta medida, sin caer en el desprecio de la misma, sería usar el popular *adagio* que calidad no es directamente proporcional a cantidad. Si esto fuese cierto, prometo que no habría nacido este escrito.

Luego de todo este *preámbulo* necesario, llegamos al trasfondo de todo esto: la reducción de la filosofía, y es en este punto donde convergen cual *engranajes* las nociones de tiempo, progreso y educación.

Literalmente el tiempo vale oro, por lo tanto toda reducción que pueda hacerse de este *gasto* para producir una *ganancia* es bienvenido, sobre todo si se eliminan los distractores y accidentes que entorpecen el avance de la máquina.

Acá debemos hacer una aclaración: una cosa es *enseñar* filosofía y otra muy distinta es *ser* filósofo, como diferente es *pensar* con los textos que repetir los textos de memoria.

Para enseñar filosofía se debe leer, por lo tanto se debe incitar a la lectura, pero por sobre todo al meditar en torno a esta. Antes nos encontrábamos con grandes problemas para poder acceder a la información, pero “el problema ya no es recibir información [...] el problema es orientarse de tal manera que la información sirva para algo, y no simplemente para ahogar a la persona.” (Savater, 2008: 11) Con esto entendemos que no basta saber, por ejemplo, que Nietzsche escribió la frase “*Dios ha muerto*”³, como tampoco el motivo por el cual lo hizo y el contexto correspondiente – aunque, ya saber los dos últimos puntos marca una gran diferencia versus lo primero. La idea es poder formar una noción propia en base a toda esta *información* y dejar de pensar como *disco duro de computador*, cuya única función es almacenar datos. Además nos hace adoptar una posición entre lo leído y nosotros, para no terminar recitando frases sueltas y datos de *enciclopedia* de forma automática.

No debemos hacernos los ciegos y omitir que es justamente eso lo que vemos diariamente como método de *enseñanza* de la filosofía. En este punto podríamos decir que “a la filosofía [como idea completa] nada mejor podría ocurrirle que [...] se suprimieran todas las cátedras universitarias, a saber: que quienes buscan la verdad colisionen con quienes solo buscan un pedazo de pan [...]” (Schopenhauer, 2002: 71) Cuando mencionamos la idea *verdad* no es para entrar en discusiones sobre qué es verdad.

² En Chile, solo se da los últimos dos años en los planes comunes de estudios. De estos dos años, el primero corresponde a psicología, delegando filosofía como tal solo al último año de colegio.

³ Dicha frase de Nietzsche correspondiente a la sección 125 de su obra “La gaya ciencia”, conocida como “La parábola del loco” dependiendo de la traducción.

Hablamos de verdad, en este caso, como *el pensar de una forma propia, basándose en lo estudiado y no buscar sólo lo entregado, como el pan de cada día*. En otras palabras, ser los *panaderos* y no los *compradores pasivos de éste*.

Hay una idea que puede ser considerada como máxima: *una cosa es la filosofía y otra es estudiar filosofía*. Contemporáneamente se puede apreciar un gran número de filósofos que son justamente profesores de filosofía, pero no podemos sentenciar que esto es un requerimiento *sine qua non* para ser filósofo.

Se podría postular, en este sentido destruir, las cátedras de filosofía, entendiendo destruir como sacar a la calle, llevarlas fuera de *la academia*, a la plaza. Lograr con esto que las personas externas a dichas paredes se sintieran atraídas y amplíen su horizonte de expectativas en relación a la filosofía.

¿Salir a la plaza es la solución?

No asociemos plaza al lugar físico, a esa idea del centro de la ciudad, donde la comunidad se reúne, incluso sin saberlo, a intercambiar sus ideas. No pensemos en esta *imagen concreta*. Pensemos solamente en la noción de *lugar de reunión al cual todos tienen acceso*.

La plaza global de hoy en día son las redes sociales. Algo que comenzó de forma tímida hace ya algunos años, hoy tiene el poder de derribar gobiernos que antes ni se habría soñado derribar, detener multinacionales, salvar ecosistemas, entre otros.

Llevar la *filosofía* a la plaza, buscando una masificación por estos medios, como la proliferación de frases célebres sacadas de algún libro, incluso algunas mal atribuidas que se esparcen por portales *educativos* cual *justificación de medios*⁴: es positivo por la difusión de algo que antes era tan enclaustrado, pero a la vez, negativa por la pérdida justamente del sentido total de esta.

La idea puede ser *elitista*, o incluso pasa usura de algunos convertirse en la Meca del *esnobismo*. Sin embargo es una realidad, en una sociedad que busca la igualdad, so pena de muerte a quien dijese algo que pudiese traducirse como *incitación a la discriminación del otro*. Pero, ¿podríamos dar a leer, saliéndonos de la filosofía un momento, a un individuo sin un *recorrido literal e histórico*, el “Ulises” de Joyce esperando qué llegase al entendimiento total de la obra?

Esto es precisamente lo que hoy se aprecia en la filosofía: esta crisis basada en una malinterpretación y el uso arbitrario de ella. Con dicha arbitrariedad, la cual busca simplificar una idea como una totalidad, se puede llegar a una difusión completa y lograr el objetivo ideal para la disciplina, pero, basta una pequeña disgregación del sentido, que puede ser llamativa e incluso contraria, pero agitadora, para terminar transformándose en una reducción que podría llevar a la misma muerte de la idea.

Esta postura no corresponde a la del *nuevo intelectual* ni mucho menos a una noción de mediocridad hacia el otro, por el contrario, debe entenderse como un respeto total al otro, tanto como lector y autor. En estos tiempos de caos, se necesitan lectores tranquilos.

La idea de este *lector tranquilo* es la de quien

no ha olvidado todavía pensar, cuando lee conoce todavía el secreto de leer entre líneas; más aún [...] sigue reflexionando sobre lo que ha leído, tal vez

⁴ Alusión a la frase “el fin justifica los medios” atribuida erróneamente a Maquiavelo. Dicha frase aparece en la obra “Medulla theologiae moralis” de Hermann Busenbaum, en 1645. En latín original: “Cum finis est licitus, etiam media sunt licita”.

mucho después de haber dejado el libro. Y todo eso, no para escribir una reseña u otro libro, sino simplemente para reflexionar (Nietzsche, 2000: 28 – 29).

La filosofía necesita de este lector tranquilo. Un lector que pueda volver sobre sus pasos y estudiar la obra, entrar en la mente del escritor sin dejar de estar en su propia mente. Hablamos del individuo que encuentra ese punto de conexión entre lo leído y lo pensado para poder llegar a un nuevo punto: el propio.

Hoy no tenemos solamente “al Filósofo”. Hoy tenemos un ejército de ideas que están dispuestas para ser aprendidas de memoria, sin importar el *más allá* de estas, ya que, así como están, con ese vacío abismal de profundización, cumplen su misión actual: ser leídas, mas no pensadas.

Se ha ido perdiendo, por tiempo y utilidad en esta sociedad, la reflexión. Y ¿qué es la filosofía sin la reflexión?

Podemos justificar que esto no es culpa del individuo ni de la filosofía académica, más bien del sistema que nos obliga a estar dispuestos a comprar tiempo. Pero esto puede ser entendible, mas no justificable, el acudir a “manuales de filosofía” para poder aligerar la carga. El dilema no está en el acudir a estos, por el contrario, de mucha utilidad son para cuando deseamos profundizar, tener una panorámica más amplia de los contextos de producción, términos claves, entre otros. En otras palabras, vemos que la idea es “[...] tener un acceso expedito y directo para comprender no sólo el desarrollo de la filosofía [...] sino para poder interpretar, además, el carácter de la coyuntura filosófica en la actualidad.” (Echeverría, 2008: 11) Pero el problema ocurre cuando dichos manuales se posicionan por sobre el texto como tal, desvirtuando el propósito mismo de su creación.

Pero, como se ha dicho, la culpa no es del objeto en sí, sino del uso que se le da. En este aspecto debemos entender que todo esto parte de la pregunta, el motivo por el cual estamos en esto, este “preguntar [significa] estar construyendo un camino. [Por esto] es aconsejable fijar la atención en el camino y no estar pendiente de frases y rótulos aislados.” (Heidegger, 2007: 5) Es decir esta idea *vocacional*, por denominarlo de una forma, debe tener en su raíz aceptar este *sacrificio* de “pensar” en la complejidad de los tiempos, contra el tiempo e incluso contra uno mismo.

No se debe dar como verdad absoluta lo escrito, tampoco se debe buscar afirmar una “verdad absoluta” con una idea *preconcebida* y a la cual no se le entregado el tiempo para ser meditada. Estaríamos en un error si redujésemos la filosofía a un mero repetir, cual recital de poesía y por ello afirmar que hemos comprendido el mundo.

O quizás estemos errados y esa es la forma de *ser* adecuada para quienes hemos elegido esta *forma de vida*. Tal vez lo ideal es ser un *filósofo libresco*, aquel que “informa de lo que ha dicho un autor, de lo que quiso decir otro y de lo que replicó un tercero, etc.” (Schopenhauer, 2005: 134)

Es precisamente ese modelo al cual se reduce hoy en día a la filosofía. Esto es lo que vemos en la plaza pública global, individualizaciones de frases descontextualizadas, haciéndolas pasar como si fuesen la verdad misma, o propias en el peor de los casos.

En esta sociedad del tiempo dentro del aula tampoco se puede examinar de forma analítica el pensamiento filosófico, por lo cual, en honor a esta carencia de tiempo, se deben realizar recortes buscando *lo mínimo que se debe manejar*.

Siempre existirán las opiniones en todo a algo, lo cual no es el problema, al contrario. En realidad “el drama no es que la gente no tenga opiniones, sino que las tenga sin saber de qué habla.” (Saramago, 2010: 505). Más alarmante es cuando esto se reproduce

exponencialmente y ese *no saber hablando* se convierte en lo contrario.

A modo de buscar una conciliación

La filosofía está en peligro, incluso a nivel de política de Estado, vemos como pelagra la continuidad dentro de las aulas.⁵ Esto puede explicarse por *no ser de gran utilidad económica para el Estado*, incluso ser un distractor del mismo.

Claramente es complicado conseguir un nivel de *abstracción* del mundo temporal, ya que, “[esto] implica una posición ante el mundo [ya que] si vivimos, vivimos en un mundo concreto y no podemos desentendernos de lo que sucede a nuestro alrededor” (Sábato, 2000: 88) y esto nos quitará tiempo *para producir*, aun sabiendo que el tiempo es nuestro, pero en realidad es un préstamo que debemos pagar.

No se debe tener miedo a dicha jerarquización de prioridades, incluso a la dada por la sociedad y el Estado, ya que es imposible encontrar una homogeneidad. Incluso, si nos pusiésemos en línea, alguien estaría en primer lugar. No debemos tener temor de usar esta palabra.

Quizás vemos todo de forma muy idealizada. Está latente en nosotros la idea de cambiar el mundo. Poder decir que de nuestro pensar ha nacido la obra definitiva para transformar el paradigma y el caos actual. Pero no debemos olvidar, que no todos están en el mismo lugar, aunque estén en el mismo espacio y tiempo.

¿Podemos congeniar en esta plaza global?

Muchas preguntas surgen luego de esto, y tal vez no se pueda responder a ninguna de forma exacta, ya que, dentro de la misma respuesta, vendrá la pregunta sobre el sentido de esta y, en el mundo de hoy, en esta vorágine temporal, nos daremos cuenta que podríamos no encontrar el sentido que esperábamos en ella.

Todo lo que nos queda es seguir pensando. Tenemos un ejército de genios detrás de nosotros, pero no debemos olvidar que no somos ellos. El acceso a la información es tan grande que cuesta encontrar un error antes de que se haya propagado por todo el orbe.

Meditemos desde ese conocimiento. Seamos el individuo que “juega con el conocimiento, [vamos] cuestionando lo que los otros creen saber y creando una inquietud con respecto a lo que los otros quieren saber.” (Savater, 2008: 11)

Dicen que filosofar es aprender a morir⁶, pues si la muerte es lo único seguro en la vida, no tengamos miedo de morir pensando. Si nos da el placer, si nos da la visión y por sobre todo, nos da el sentido a nuestras vidas dentro de este sinsentido, no tengamos miedo a entregarnos a ella.

Tal vez, como filosofía, debe aprender a morir y sentarse a esperar la hora. Puede que esté cerca, incluso que seamos testigos de ella. Pero, como todo *ser*, estaremos allí, esperando por nuestro trago de Cicutu y ofrecer un último brindis antes de partir a cuestionarnos por la eternidad.

⁵ En España, por ejemplo, el 2º borrador de la LOMCE elimina las asignaturas de Filosofía como materias obligatorias de 4º de ESO y de 2º de Bachillerato. En otros países ocurre lo mismo. En Chile no es solo la filosofía la que pelagra.

⁶ “Dice Cicerón que filosofar no es más que aprestarse a la muerte” en Montaigne: De la experiencia y otros ensayos, trad. Juan G. de Luaces, Ediciones Folio S.A, Barcelona, 2007.

Bibliografía

- Echeverría, Rafael: *El búho de Minerva*. J.C.Sáez editor, Santiago de Chile, 2012.
- Heidegger, Martin. *La pregunta por la técnica (y otros textos)*, trad. Eustaquio Barjau. Ediciones Folio S.A, Barcelona, 2007.
- Nietzsche, Friedrich: *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, trad. Carlos Manzano, Tusquets, Barcelona, 2000.
- Sábato, Ernesto: *Hombres y engranajes/Heterodoxia*. Alianza Editorial, Madrid, 2000.
- Saramago, José: *José Saramago en sus palabras*, edición, selección y prólogo Fernando Gómez Aguilera, Santillana, Madrid, 2010.
- Savater, Fernando: *La aventura de pensar*. Random House Mondadori, Barcelona, 2008.
- Schopenhauer, Arthur: *Parábolas, aforismos y comparaciones*, trad. Andrés Sánchez Pascual, Edhasa, Barcelona, 2002.
- Schopenhauer, Arthur: *El arte de insultar*, trad. Javier Fernández Retenaga, José C. Mardomingo, Biblioteca Edaf, Madrid, 2005.